

## ¿Puede la limitación de la natalidad solucionar el hambre?

**Sebastián Mantilla, S. J.**

Doctor en Ciencias Económicas.

Ha habido épocas en la historia de la Humanidad en las que el espectro del hambre ha hecho su terrorífica aparición sobre la tierra. Entonces la Humanidad se ha preguntado: ¿Por qué esta plaga? A qué se debe el que no haya alimento suficiente para todos? Y la respuesta, cómoda y fácil, desde Malthus hasta nuestros días ha sido. "Creces más rápidamente que los vegetales y los animales destinados a su sustento. No tienes más remedio que reducir tu crecimiento al compás de las subsistencias. Hay que limitar la natalidad".

Hoy las estadísticas han demostrado que existen alimentos de sobra para nutrir a la actual población del globo. Más aún que habría un gran sobrante, aun después de satisfechas las necesidades de todos. Por eso los alarmistas han tenido que cambiar de táctica. Admiten que en la actualidad todos pudieran tener lo suficiente para vivir, y que si en algunas regiones se pasa hambre <sup>(1)</sup> la razón hay que buscarla no en la falta de subsistencias, sino en su desigual distribución. Pero añaden: "La población va aumentando en la tierra de modo vertiginoso y si es cierto que hoy sobran los medios de vida, a este paso faltarán muy pronto". "Hay, que prevenirse antes de que el remedio llegue demasiado tarde". Y lo curioso es que estas voces nos llegan precisamente de los países de mayor prosperidad económica: de Inglaterra, de Francia, de EE. UU. donde no solo nadie pasa hambre sino donde la mayor parte de la población vive con verdadero lujo. Esta propaganda adquiere diversas formas: se hace en unas naciones de forma esporádica y por escritores que cultivan lo "sensacional"; en otras de un modo sistemático y con visos de ciencia. Así en los países anglosajones tenemos poderosas organizaciones como la "Planned Parenthood Association", la "Eugenic Society" y el mismo "Population Reference Bureau" de Washington, que se dedican de modo habitual a la propaganda de estas ideas.

\* \* \*

---

(1) Se ha hecho famoso el libro del economista brasileño Josué de Castro "Geopolítica da fome" (Brazil, C.E.B., 1952) en el que asegura que hay cientos de millones de hombres que se están muriendo de hambre.

Y es cierto que el aumento rapidísimo de la población del mundo es un hecho que no puede negarse. Si de los 500 millones que había en 1650 a los 2.800 millones que hay en 1956, el aumento de 2.300 millones ha requerido tres siglos (a razón de unos 770 millones por siglo) hoy en día la especie humana se multiplica a razón de 36.500.000 cada año. Cada día 100.000 minúsculos nuevos seres reclaman con sus lloros alimento, vestido, habitación, cuidados de toda clase. Bastan diez días para que haya sobre la superficie de la tierra un millón más de seres humanos. Y aunque los mismos técnicos de la Demografía consideran una incógnita el futuro de la población del mundo, admiten como muy posible que en tiempo no lejano la población mundial llegue a duplicarse y aun a triplicarse con respecto a la actual.

Pero aun considerando este hecho probable como absolutamente cierto, ¿qué se sigue de él? Pues no otra cosa sino que tendrán que aumentar también a proporción los medios de vida. Y si hasta ahora no han faltado, ¿qué razones nuevas se aducen para suponer que van a faltar de aquí en adelante? En realidad ninguna convincente. Todas son conjeturas, puesto que no sabemos las sorpresas que nos reserva el futuro de la ciencia industrial y agrícola. El solo descubrimiento de la energía nuclear y su utilización en gran escala bastan para echar por tierra cualquier cálculo actual.

Prueba de ello es que se hallan divididos los mismos tratadistas que, con un fundamento científico más o menos grande, se han lanzado a tratar del tema.

El famoso William Vogt en su libro "Road to survival" (Nueva York, 1948) considera que todos los países de América fuera de dos o tres, están superpoblados. También el mismo EE. UU. está superpoblado. ¿Solución? Muy sencilla, según él. Reducir el ritmo de crecimiento de la población mediante la difusión de los remedios anticonceptivos. Del mismo modo se expresan Frank Pearson y Floyd Harper en "El hambre de los pueblos del mundo" y en "El hambre del mundo", en Selecciones del "Reader's Digest", 1949; A. P. Chew en "Ploughshares into Swords", New York 1948.

Aldo Huxley en un folleto publicado por la UNESCO "Les hommes et leur nourriture", París 1950, afirma: "Aun cuando todas las tierras cultivables de que disponemos fuesen buenas, no bastarían para garantizar un régimen satisfactorio a la población actual". Y lo peor del caso es que hay países como el Japón que, dando por verdades inconcusas estas afirmaciones hechas a la ligera y sin pruebas fehacientes, se han lanzado a la propaganda oficial de los medios anticonceptivos y a la admisión legal del aborto, en vista de las dificultades circunstanciales, (provocadas artificialmente por la prohibición de emigrar) para alimentar en sus angostas islas los 90 millones de habitantes que actualmente tienen. Otro tanto ocurre en Indonesia. Tampoco van mejor las cosas en la India, acostumbrada ya por Inglaterra a padecer un hambre endémica, donde el profesor de Economía de la Universidad de Baroda, S. Shandrasekhar, preconiza una política universal de limitación de nacimientos.

\* \* \*

Por el contrario, hay también notables demógrafos y economistas imbuidos de un franco optimismo respecto al futuro de la humanidad. Así A. Sauvy, conocido tratadista francés en "Le faux probleme de la population

mondiale" (revista "Population" 1949, n. 3, pp. 447-462). Así Colin Clark, Director del "Instituto de Investigaciones de Economía Agrícola" de la Universidad de Oxford, el cual afirma que ni siquiera es necesario poner nuevas tierras en cultivo y que basta con utilizar científicamente las que hoy se explotan ("The World capacity to feed and clothe", vol II, La Haya, 1949). Así el mismo Josué de Castro, citado anteriormente, en su mencionada obra "Geopolítica da fome" asegura que son infundados todos los pronósticos sobre las sociedades futuras, porque la evolución demográfica escapa a toda previsión. Y considera como alarmante y sin fundamento en la realidad de los hechos la idea de que la producción alimenticia no se puede aumentar más. Y en otra obra anterior tan famosa como ésta, y que va por la quinta edición "Geografía da fome" (Río, C. B. B. 1955, pág. 15) insiste en que a pesar de que estén muriendo de hambre mucha gente, esta mortandad "se realiza en un mundo con capacidad casi infinita de aumento de su producción y que dispone de recursos técnicos adecuados para la realización de ese aumento".

Para no cansar al lector solo añadiremos que la VI Conferencia de la Organización de la Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas, celebrada en 1951, con delegados de 67 países, llegó por unanimidad a esta conclusión: "Lejos de considerar el problema insoluble, la Conferencia ha juzgado por el contrario, que las posibilidades de producción ofrecidas por las riquezas existentes en la tierra y en las aguas, bastarían para nutrir convenientemente la Humanidad entera en un porvenir previsible, si se utilizasen más intensamente las máquinas, los abonos y los otros medios de producción y se hiciesen conocer las técnicas modernas".

Otra conferencia patrocinada por las Naciones Unidas, celebrada con posterioridad y que examinó más de 500 informes presentados por 459 hombres de ciencia de 45 países, afirmó del mismo modo que los recursos naturales de la tierra bastan para alimentar a la humanidad a pesar del aumento de población. Admitió que el problema existe en cuanto a la distribución del exceso de producción, pero no en cuanto a la producción misma.

\* \* \*

¿Qué pensar, en resumen, de este problema?

Creemos que todo él se puede encerrar en estas cuatro conclusiones ciertas:

Primera. De la misma disparidad de opiniones se deduce con evidencia que no es cierta la tesis alarmista. Aun sin ser un técnico en la materia, se echa de ver que tanto unos como otros especulan, fantasean, sin datos suficientes. Son hipótesis, afirmaciones "a priori", de ningún modo pruebas científicas. Por tanto no hay que admitirlas sino como hipótesis, sin darles el valor de dogmas.

Realmente es imposible adivinar lo que será la ciencia química o la técnica agrícola o industrial del futuro. Tampoco se conocen con exactitud los factores que condicionarán el volumen de la población en los años venideros.

Segundo. Es cierto que en tiempos y en regiones determinados se ha pasado penuria de alimentos. Antes más que ahora. Y estamos moralmente

ciertos de que se seguirán pasando, con o sin control de la natalidad. La razón es obvia: las relaciones económicas y las trabas de todo género a una distribución mundial razonable de la población y de los recursos, son tantas y tan complicadas que es imposible que no haya fallos y graves en el reparto de los bienes producidos.

Tercero. El control de la natalidad es un arma de dos filos y cuyos efectos no se han podido comprobar aún. Los resultados de orden moral de una medida terrible tomada alegremente, pueden ser tan graves y tan irreparables como los de orden económico. ¿Quién puede asegurar que una economía de población estacionaria o decreciente va a ser una economía más próspera que aquella de una población creciente? Y esto sin entrar a juzgar la inmoralidad intrínseca que el sistema lleva consigo y que es inadmisibile para un cristiano.

Cuarto. Que el problema alimenticio, aunque no sea hoy más agudo que lo ha sido en otras épocas, requiere, eso si, una atención mucho mayor que la que actualmente se le presta. Y que es una vergüenza que los pueblos llamados civilizados y cristianos se preocupen más en sus reuniones internacionales de otros problemas de tipo político y económico que de este gravísimo problema social.

